

mos rodeos por caminos escabrosos; y disgustados, emprendieron la retirada, no sin todas aquellas precauciones que aconsejaba la experiencia en semejantes circunstancias. La selva y el clima habian salvado otra vez á sus hijos; porque el aire helado que soplabá hacia también imposible todo avance; habia ya pasado el equinoccio de otoño y una capa espesa de nieve cubria montes y valles.» Sin embargo, el general romano no queriendo volver atrás sin sacar una ventaja duradera de su expedición, determinó realizar un nuevo ensayo del antiguo plan de asegurar la tranquilidad de la orilla izquierda del Rhin con el dominio ó sujeción de la derecha.

Con este objeto hizo restaurar á toda prisa un fuerte construido allí cerca por Trajano, pero desde mucho tiempo abandonado y en ruinas por haber sido tomado y destruido por las tribus que después formaron parte del grupo colectivo de los alamanos. Urgía aprovechar el tiempo antes que los bárbaros se uniesen para oponerse á las obras, y se aprovechó en efecto. Las obras espantaron no poco á los alamanos que sabian muy bien lo que significaba una fortaleza romana; pero ya era tarde para impedir las. Todo estaba listo y pertrechado, y una guarnición escogida ocupaba la plaza, aprovisionada de víveres que Juliano habia tomado á los bárbaros al quemar y saquear sus aldeas y silos. Entonces reuniéronse á toda prisa los pueblos atemorizados y enviaron de comun acuerdo una embajada que solicitó en términos por demás sumisos, la paz, y el general se la concedió por diez meses, es decir, durante el tiempo que por causa del invierno habria de quedar aislada la guarnición sin esperanza de ser socorrida en caso de necesidad. Naturalmente no fué esta la razón que dió á los bárbaros, hizoles presente otras para justificar aquel plazo. «Presentáronse para jurar el convenio tres jefes de los más fieros (*immanissimi*) que habian auxiliado á la hueste derrotada cerca de Estrasburgo y que habian acabado por cobrar mucho miedo. Comprometiéronse, pues, bajo solemne juramento al estilo de su país á permanecer quietos y observar las condiciones del pacto de paz hasta el día fijado por el César; á no causar ningún daño á las obras de fortificación, y en caso de escasez de víveres en la plaza á hacerlos acarrear por su gente, conforme efectivamente hicieron acaso por temor de faltar á su juramento sagrado.»

Amiano compara estas victorias con las obtenidas por Roma en las guerras púnicas y contra los teutones, con la diferencia de que las de Juliano habian costado infinitamente menos sacrificios. Esta es una exageración; en realidad este fué el último resplandor del sol poniente del poder romano en la frontera del Rhin. En la corte, y esto demuestra bien la ponzoña que roía las entrañas del imperio, los enemigos de Juliano atribuían su arrojo y sus victorias á la desesperación que le impulsaba á buscar la muerte en los campos de batalla para librarse de la desdicha de su hermano Galo que habia muerto á manos del verdugo. ¡Qué alma debía ser la del emperador y qué gobierno para un imperio!

Mientras quedaba así asegurada por algún tiempo la frontera en el Alto Rhin y parte del centro, seguían sus acostumbradas expediciones las tribus del curso inferior del río, dando bastante que hacer al general en jefe para no dejarle descansar durante el invierno.

Las invasiones de los bárbaros eran de dos clases: excursiones pasajeras de robo, incendio y matanza, y el avance de pueblos enteros empujados por otros igualmente deseosos de apoderarse de un país más fértil y abundante de todo.

Severo, el general de la caballería, en su marcha de regreso pasando por Colonia y Julich (Juliacum) hasta Rheims, se encontró con una de estas bandas compuesta de 600 á

1,000 individuos de raza franca, que creyendo al César ocupado en el territorio de los alamanos, habian invadido el país, asolado las poblaciones desprovistas de guarnición, y volvian cargados de abundante botín cuando tuvieron noticia del regreso del ejército romano que les salía al paso. Viéndose sorprendidos, metiéronse en dos campamentos abandonados y derruidos que allí cerca del río Mosa habia, donde el general romano los encontró y cercó. Sabiendo que les esperaba peor suerte que la esclavitud, que era la que se destinaba en la antigüedad á los prisioneros de guerra, se sostuvieron con una decisión y tenacidad increíbles cincuenta y cuatro días. El general romano tomó todas las disposiciones imaginables para impedir su huida: entre otras, temiendo que pasasen una noche oscura sobre el Mosa á favor del hielo, hizo cruzar barcas desde la mañana hasta la noche todos los días por el río, con órden de romper el hielo á medida que se formase. El hambre, la falta de sueño y la desesperación los rindieron al fin, cuando ya estaba en camino para socorrerlos otra banda de los suyos, la cual se volvió atrás al saber que era tarde y que sus compañeros habian sido enviados ya al cuartel general y corte del emperador. Juliano por su parte fué á Paris, la antigua Lutecia, llamada después *Lutecia Parisiorum*, para pasar allí el invierno; y, como hombre práctico y nada cegado por sus victorias, preparó lo necesario para hacer frente á nuevos levantamientos de tanto pueblo bárbaro, de cuya fe no se fiaba.

Dirigió su solicitud á aminorar la insoportable carga tributaria y la cruel presión de los funcionarios imperiales, que abrumaban á las agobiadas provincias de la Galia. Hizolo así no tan solo impulsado por motivos humanitarios sino en general para extirpar uno de los vicios más fundamentales de la administración romana, y en particular para conservar el país en estado de robustez, á fin de que pudiera proveer á su propia defensa y á la manutención de las tropas. Opúsose con todas sus fuerzas á la imposición de una nueva contribución con la cual el gobernador general Florencio, prefecto del pretorio, queria cubrir la merma considerable que arrojaba la capitación usual, con cuya medida habria ciertamente arruinado el país, conforme habia enseñado la experiencia en la provincia ilírica. Quejóse Florencio al emperador y éste reprendió á Juliano por haber desconocido la autoridad del director de contribuciones, cuyas diferentes proposiciones habia desechado sin leerlas siquiera, prefiriendo declarar que se contentaba para sus gastos de campaña con las cantidades humanamente disponibles. Contestó al emperador además que bien podia darse el gobierno por satisfecho si las provincias pagaban lo acostumbrado, y que no podían dar más aunque se amenazase á los refractarios con la pena de muerte. Su energía salvó el país de las nuevas cargas; y con sus súplicas logró del prefecto del pretorio lo que jamás se habia visto hasta entonces: que éste le abandonara la administración económica de la provincia de Bélgica Segunda, enteramente exhausta y abrumada bajo toda clase de infortunios, quedando expresamente convenido que ningún agente ni cobrador del prefecto ni del presidente iría á molestar á nadie con motivo del pago de contribuciones. Con este sistema benévolo y solícito logró que pagaran todos los que dependían de su administración el cupo que les correspondía, aun antes del plazo acostumbrado.

Mientras el emperador estaba ocupado con los cuidados y peligros que amenazaban de la parte de Persia, y Juliano en Paris con una actividad colosal hacia sus preparativos contra los alamanos que sabía iban reuniendo todas sus tribus numerosas para un ataque principal á la Galia, penetró una parte de ellos, los yutungos, en la Retia con desprecio

de todos los convenios que á su grandísima solicitud les habian sido concedidos. Estas tribus devastaron todo á su paso y hasta pusieron sitio á las ciudades, cosa que jamás habian hecho. Fué enviado contra ellos Barbacio, sucesor de Silvano, con un ejército numeroso; y tan bien supo este general conducirlo y entusiasmarlo, que los bárbaros, después de grandísimas y sangrientas pérdidas, solo pudieron llegar á su país en pequeño número y pasando por mil peligros, distinguiéndose entre los romanos muy notablemente el jefe de caballería Nevita (358) que posteriormente fué nombrado cónsul para el año 362.

Los alamanos limítrofes al Rhin, y tan duramente escarmentados en la batalla de Estrasburgo, estaban muy distantes de cejar en sus ataques al territorio romano, pues que el mismo vencedor reconoció que estaban «exasperados hasta la demencia, y ávidos de emprender nuevos ataques.»

Estos datos sueltos hacen ver claramente el cambio verificado en las posiciones respectivas de Roma y de los pueblos germanos. Ya no servían de nada al imperio las victorias más brillantes que en las guerras comunes producen con su mortandad un efecto desmoralizador en los vencidos. En aquellas circunstancias no podían contener las invasiones, porque los bárbaros estaban impulsados por fuerzas superiores á su voluntad, como el hambre, el exceso de población, la falta de espacio; fuerzas que les impelían siempre de nuevo, vencidos ó no, contra el dique del imperio romano, hasta que cedió para siempre y la irrupción se hizo general. Además, las derrotas y consiguientes matanzas generales influyeron también en muchas tribus y fueron espuela para su venganza.

Temeroso Juliano de verse atacado á su vez antes del mes de julio, en que era costumbre salir de la Galia á las expediciones contra los germanos, porque antes no llegaban las provisiones de la Aquitania á causa de los caminos que se ponían intransitables por la nieve y el hielo; después de pesar todas las eventualidades, decidióse finalmente á no aguardar las remesas de víveres y á sorprender á los bárbaros antes de que pudiesen realizar su unión y sus armamentos. Viendo á sus soldados bien dispuestos y animosos, les repartió provisiones para veinte días, en especial galletas que habian de cargar sobre sus hombros, y salió en el mes de mayo para cinco ó seis meses de campaña sin más seguridad de abastecimiento, á contar desde el día vigésimo primero de marcha, que lo que encontrarían en el país enemigo; atrevimiento que le resultó muy caro.

Dirigióse primero contra los francos, conocidos comunemente por los sálicos, que desde algún tiempo, con gran osadía, habian construido viviendas en territorio romano en el distrito de Toxiandria, hoy Brabante septentrional, ó quizá Amberes ó Limburgo. Al pasar Juliano por Tongern encontró una comisión de francos, que creyéndole todavía en sus cuarteles de invierno se dirigía allí para solicitar y proponer la paz bajo la condición única de dejarlos vivir sin molestarlos en el territorio que habian ocupado. Esta vez no detuvo Juliano á los embajadores, como habia hecho el año anterior con los alamanos; pero los engañó pérfidamente contra todo derecho de gentes. Empezó por entretener á los enviados con proposiciones enmarañadas que les ponían en gran confusión y les hizo creer firmemente que por lo pronto no tenia intención alguna de salir de Tongern. En esta disposición los despidió con regalos, pero apenas se habian marchado cuando veloz como el rayo marchó tras ellos mientras Severo, su general de caballería, siguió la dirección del río, y entrambos cuerpos cayeron sobre el pueblo, que no esperando semejante golpe, no hizo más que implorar clemencia rindiéndose al vencedor con sus mujeres, hijos y haciendas. El César admitió su sumi-

sión; pero no se sabe si los dejó ó no en el territorio: de todos modos, en él los volveremos á encontrar después y desde entonces jamás lo abandonaron; al contrario, desde allí conquistaron toda la Galia. Con igual rapidez, y quizá con la misma astucia, cayó Juliano sobre los chamavos que también se habian establecido en territorio romano. Muchos se defendieron con gran fiereza, pero fueron en gran parte hechos prisioneros. No se persiguió por lo pronto á las bandas que huyeron á su antiguo territorio, «á fin de no cansar inútilmente las tropas, en terrenos inseguros y pantanosos.»

El resto que imploró clemencia por medio de una comisión que se prosternó á los pies del César, obtuvo libre retirada á su antiguo país. Algunos como los francos debieron de quedarse, sin embargo, sometidos al imperio.

Por lo que precede vemos que las invasiones de los bárbaros no eran exclusivamente excursiones de saqueo, sino derrames de pueblos que se repitieron durante muchos siglos, sucediéndose los pueblos germánicos á medida que podían abrirse el camino por medio de los otros, ó bien empujándolos de bueno ó mal grado hácia adelante. En el reinado de Claudio eran los frisones; en tiempo de Decio y de Valente los godos, y en tiempo de Juliano vemos á los francos sálicos y á los alamanos que, ya sumisamente, ya por fuerza, querían establecerse en el territorio del imperio. Así la población se fué lentamente penetrando de elementos germánicos, seguidos sin cesar de nuevas masas, que á su vez se romanizaron sucesivamente, á medida que se adelantaban y se apartaban más del núcleo germánico bravo.

Solicitó Juliano de asegurar la tranquilidad y el bienestar de estas provincias, mandó restaurar tres fuertes destruidos por los bárbaros desde mucho tiempo, y situados en línea en otras tantas lomas ó orillas del Mosa. Estos trabajos incumbían á los soldados que entretanto quedaban menos cargados del servicio propiamente militar; el resto de las tropas no tuvo mucho descanso. Le quedaban provisiones para 17 días; de modo que todas las operaciones incluidas las marchas se habian hecho en tres días, reducidas como estaban á una pequeña superficie y á enemigos poco numerosos. Pero á la sazón era preciso llevar parte de sus provisiones á las guarniciones de aquellos puntos fortificados, esperando resarcirse con requisas entre los chamavos sometidos.

Esta esperanza salió fallida, porque el general como romano, no habia tenido presente que en el clima áspero de aquellas comarcas septentrionales, frías y húmedas, no maduraba el trigo tan temprano como en el Mediodía; pero de todos modos resulta que tanto los chamavos en el Bajo Rhin como los alamanos en la parte superior cultivaban ya la tierra lo bastante para que un ejército de 10,000 hombres aproximadamente pudiese contar con sus cosechas para aprovisionarse de municiones de boca, á pesar de que los autores romanos solo hablan de expediciones de robo y de pillaje de estos pueblos.

Las tropas, concluidos sus víveres, rendidas y presas del hambre, empezaron á murmurar contra su jefe siempre victorioso y afortunado, dirigiéndole denueros por haberse equivocado una sola vez en sus cálculos. Llamábanle el asiático, el grieguecillo (*græculum*) y el necio con careta de sabio, porque entre los soldados nunca faltan individuos fáciles y expeditos de lengua; bien que esta vez les sobraba la razón cuando decían que se les llevaba sin esperanza fija de una parte á otra; que cuando acababan de pasar las mayores penalidades en medio de los hielos é intemperies invernales, se les hacia morir de hambre; y que si hablaban, no querían de ningún modo amotinarse sino solo salvar su vida; que ni siquiera pedían oro ni plata, aunque no habian

visto ni mucho menos recibido uno ni otro desde tiempo inmemorial; y que se les trataba como si hubiesen pasado tantos trabajos guerreando contra Roma y no en favor del imperio. El hecho era que desde la llegada de Juliano a la Galia no habían descansado los soldados un solo día y en cambio no habían recibido ni los acostumbrados donativos ó gratificaciones por las grandes victorias alcanzadas, ni una sola paga de su sueldo. Juliano carecía de recursos, y el emperador no enviaba las pagas de costumbre. Tales circunstancias evidencian el trastorno en que estaba la hacienda romana, á pesar de las insufribles cargas y contribuciones que imponía; consecuencia y sintoma de la enfermedad incurable que aquejaba á aquella sociedad. Es también probable que como dice Amiano el emperador hubiese retenido las pagas á la tropa con la idea aviesa de impedir que el ejército cobrase demasiado afecto á su jefe. Esto es tanto más probable, cuanto que había enviado al lado de Juliano al secretario secreto Gaudencio, con el encargo de espiar todas las acciones del general, y singularmente las que fuesen encaminadas á ganarse el afecto de los soldados con regalos, conforme quedó patentizado cuando Juliano dió una vez, siguiendo una costumbre antigua, una pequeña propina á un soldado por haberle cortado la barba, lo cual dió en seguida motivo á Gaudencio para calumniarle y dirigirle groseras reconvenciones.

Juliano logró finalmente conjurar la tempestad empleando todos los medios de persuasión y aun la adulación. Debió de abandonar con su ejército el país de los chamavos, porque de repente nos le presenta el autor en territorio alamano, casi en el Alto Rhin, después de haber pasado el río por un puente de barcas.

De la carta de Juliano á los atenienses resulta que su objeto principal en esta campaña fué sujetar á los francos, á fin de disponer libremente del Rhin y de sus embocaduras para restablecer el dominio de Roma en las islas británicas, así como para el aprovisionamiento de las plazas fuertes del Bajo Rhin que había de venir por mar; cosa imposible mientras los francos dominasen el río. Para lograr el libre paso de los buques romanos Florencio había ya casi convenido con los francos en darles 2,000 libras de plata, porque hacía ya tiempo que semejantes tributos y rescates de la parte de Roma eran cosa corriente que ya no hacían ruborizar á nadie. Pero Juliano, que tenía una idea más elevada de su ciudad eterna y de su relación con los bárbaros, rechazó semejante humillación á pesar de haber ya autorizado el trato el emperador, si bien con la cláusula de: «si Juliano no lo considera demasiado humillante». Este fué el motivo de sus dos campañas contra los francos y los alamanos, sobre todo contra los primeros, los cuales tuvieron que someterse ó quizá emigrar, y en todo caso que respetar la navegación del Rhin. Juliano la inauguró con 600 buques según él mismo, y 800 según Zósimo, habiendo hecho construir 400 de ellos en los diez meses anteriores. Esta escuadra bajó por el Rhin, y aunque Amiano nada de ella dice, es de suponer que contribuyó mucho á las victorias de Juliano en aquel año.

A estos datos que da el mismo César en la citada carta, se agregan otros no menos curiosos de Zósimo, porque nos dan un poco de luz sobre diferentes pueblos germánicos y sus traslaciones que en general nos hemos de contentar con adivinar por los hechos sucesiva y posteriormente consumados. Resulta de la relación de Zósimo que los francos se movieron empujados por sus vecinos los sajones, nombre colectivo de un grupo de pueblos más ó menos numerosos según la época. Cuando Tolemeo los menciona por primera vez, no constituían un grupo principal como el de los suevos, godos y después los alamanos y francos, sino un grupo menor, como

el de los frisones mayores y menores. De todos los pueblos germánicos eran los sajones los más estables, los que menos tendencia á emigrar mostraban, salvo la extensión natural del exceso de su población hacia el Sudoeste, á costa de los francos, y sus excursiones marítimas de piratería, algunas de las cuales condujeron á un ensanche de territorio. A esta clase pertenece su expedición á Inglaterra y la consiguiente ocupación de este país. Poco más ó menos cae entre los años 350 y 360 la expedición de los caucos, según Zósimo el pueblo más arrojado, más poderoso y valiente de todos los bárbaros, y que fué enviado por los sajones de cuyo grupo formaba parte, contra los romanos. Infiérese de esto que si una parte del grupo era tan fuerte y poderosa, debía de serlo mucho más toda la colectividad, y constituir así una agrupación principal, tan bien ligada y organizada que pudo decretar en asamblea popular general la emigración y traslación de un grupo tan grande como el de los caucos que se dividían en mayores y menores. Opusieron al paso de este pueblo por su territorio los francos, por el temor de incurrir en falta con Roma y ser castigados con una invasión por parte del gobierno de la Galia. A esta consideración se agregaba naturalmente otro temor; el de que aquellos bárbaros, una vez en su territorio no tendrían ninguna consideración con los habitantes que les permitían el paso.

Mucho tiempo debió de transcurrir antes de que los caucos se atreviesen á pasar el Rhin, porque tuvieron tiempo de construir barcos, que serían probablemente armadas, en los cuales rodeando aquel país habitado por francos pasaron el río y entraron directamente en territorio romano. Resulta de estas expresiones que ya no se consideraba entonces territorio romano el habitado por aquellos francos.

Sin hacer caso de nadie invadieron la isla bátava que formada por dos brazos del Rhin, es mayor que por lo general suelen ser las islas de río. Allí encontraron á los salios, pueblo franco, que retirándose delante de los sajones se habían trasladado á esta isla, que hallándose antes enteramente bajo el dominio romano debía ya á la sazón de ser simplemente territorio aliado ó tributario. También resulta de este dato que la presión de la población sajona, aunque no fuese precisamente la de los caucos, se hacía sentir ya desde largo tiempo, y que entonces se repetía expulsando á los salios de nuevo y obligándolos esta vez á penetrar en territorio romano.

Juliano dió órdenes de no atacar á los salios que pasaban, ni impedirles la entrada en el territorio sujeto á Roma porque no iban como enemigos, sino arrojados y huyendo de los caucos ó de los chamavos como dicen el mismo Juliano y Amiano. Es evidente que con esto quería impedir que los salios rechazados de la frontera romana, volvieran atrás é hiciesen en su desesperación causa común con los que iban empujándolos, sin contar con que debían ser considerados como pueblo amigo de Roma. Al saberse entre ellos que se les admitía, presentóse una gran parte con su rey, mientras que los restantes se retiraron al extremo de la isla junto al brazo izquierdo del Rhin, bien que sometiéndose unos y otros definitivamente é incondicionalmente al César. Observando este que los enemigos no se atrevían á invadir abiertamente el territorio del imperio, contentándose con expediciones nocturnas de merodeo, sembrando el terror y las desgracias en los distritos que visitaban, resolvió combatirlos con las mismas armas, es decir, con columnas volantes ó contraguerrillas, que persiguieran á los invasores, probablemente en ambas orillas del Rhin, y en cualquier punto donde pudiesen alcanzarlos. El jefe de estas contraguerrillas era un germano, de tribu franca llamado Charieto, hombre valiente y de formas atléticas, que después de cometer acompañado de los de su

raza innumerables robos, había abandonado su patria y se había pasado á los romanos junto á Tréveris. Allí habiendo entrado al servicio de Roma, vió cómo los germanos del otro lado del Rhin atacaban, saqueaban las ciudades de la Galia que encontraban indefensas; y habiéndose separado abierta é irrevocablemente de sus compatriotas, trató de auxiliar ó vengar á los infelices habitantes de aquellas ciudades.

Sin autorización oficial, solo por su cuenta, empezó por acechar á las bandas de germanos merodeadores, ocultándose en lo más recóndito de los bosques; y en descubriendo sus sitios de descanso, los sorprendía de noche, cuando hartos y ébrios del vino, dormían sin recelo de ser alcanzados; cortaba entonces tantas cabezas como podía y las enseñaba luego en Tréveris, para cobrar probablemente su correspondiente precio. De este modo había ya causado grandísimas pérdidas á los germanos que no sabían de donde les venía el mal, cuando otros se aplicaron á la misma industria, entre ellos un cabecilla de banda, llamado Cercio ó Kerko, cuyas fuerzas al cabo de poco tiempo se unieron con otras y con Charieto en una sola banda, y se presentaron á Juliano, al cual descubrieron su misterioso modo de vivir y le ofrecieron sus servicios contra los caucos ó chamavos. No deseaba Juliano otra cosa, y aceptando muy contento los servicios de Charieto y de los suyos y agregándoles varios francos salios de los que en su isla y en el territorio fronterizo eran perfectamente prácticos y conocedores de la topografía del país, les envió contra los merodeadores chaucos, para que hicieran sus expediciones de noche, mientras él de día con las tropas en campo abierto, cercando las selvas, perseguía y hacía prisioneros ó mataba á los que se habían librado de las asechanzas de la contraguerrilla de Charieto.

Así se siguió hasta que los enemigos quedaron reducidos á muy pocos individuos que viéndose perdidos se rindieron con su jefe al general romano. Juliano, entre los muchos prisioneros que habían hecho Charieto y las tropas en sus diferentes correrías, tenía al hijo del citado jefe que entonces se rendía. Exigióle como rehenes algunos de los individuos más notables de la tribu y entre ellos á Nebigasto, su hijo y á su respectiva madre y esposa prometiendo tratarlos bien y que solo serían castigados los que hubieran faltado. A esto contestó el jefe, prorumpiendo en amargos lamentos y lágrimas, que su hijo había muerto en una de las repetidas batidas que habían sufrido. Juliano compadeciéndose é hizo venir al hijo dejando que ambos se hablasen sin ser molestados; y después conservando los rehenes les concedió la paz con la única condición según parece, de que no volvieran á emprender nada contra Roma. Una parte de estas tribus fué incorporada juntamente con los salios y habitantes de la Batavia en las cohortes romanas conforme se ve por los nombres de estas que se conservaban todavía en tiempo de Zósimo, es decir en 425. Los llamados habitantes de la Batavia que la relación distingue de los salios y caucos ó chamavos, no podían ser sino los descendientes de los antiguos bátavos que ya conocemos, y como que nadie dice que los invasores fuesen expulsados del país, puede presumirse que debieron de quedar juntos con los salios y bátavos en la isla, máxime cuando ni los invasores ni los salios debían de ser muy numerosos según se desprende de toda la relación. Resta la confusión de nombres respecto al pueblo invasor que Zósimo llama una parte del sajón, mientras que Juliano y Amiano dicen que eran chamavos que sin embargo no eran sajones; pero todo puede conciliarse si admitimos que eran caucos y que mientras algunas tribus francas se opusieron á su paso por temor de excitar contra sí las iras de Juliano ó por interés propio, otros empujaron á los chamavos, vecinos de los

salios y en guerra con Roma é hicieron causa común contra Juliano.

Esto explicaría perfectamente la eficacia y acertada restauración de los tres fuertes á orillas del Mosa que impedían la unión por una parte de los caucos, bátavos y salios al Oeste y la de los chamavos al Este por otra.

Cuando Juliano, obligado por sus tropas descontentas y amotinadas, hubo llegado al territorio de los alamanos, quedaron de repente paradas las operaciones por la repugnancia inexplicable de Severo general de caballería y militar siempre bizarro y distinguido, que por lo visto mandaba la vanguardia, el cual se resistió á seguir adelante, y dominado del temor de internarse en terreno desconocido amenazó á los guías con la muerte si no declaraban de consuno que eran ignorantes del país.

Durante esta pausa inesperada presentóse voluntariamente el rey alamano Suomaro con su tribu que había formado parte de la hueste que combatió contra Juliano cerca de Estrasburgo. Era hombre feroz que no pensaba sino en los medios de causar daño á Roma; y viendo un ejército enemigo en la frontera de su territorio trataba de impedir su devastación. Como su porte y aspecto anunciaban que deseaba sinceramente la paz, fué admitido y se le animó. Prosteróse delante del César implorando le concediese la paz sin poner de su parte condición alguna: Fué concedida junto con el perdón de lo pasado bajo la condición de devolver los prisioneros y cautivos que tenía, y de proveer á las tropas imperiales de lo que necesitasen, debiendo á su tiempo probar por medio de recibos que le daría la administración militar cada prestación de servicio y demás, como cualquier contratista, en la inteligencia que de no hacerlo, se procedería otra vez contra él á viva fuerza. Aceptó y prometió cumplir sin dificultad alguna.

Quedaba el rey Hortari, otro de los aliados de los campos de Estrasburgo, y vecino del anterior; pues á falta de cabeza común había de tratarse con cada tribu ó comarca separadamente, como ya vimos en diferentes ocasiones y especialmente cuando la guerra contra los cheruscos. Para esta marcha era para la que faltaban guías prácticos, hasta que el franco Charieto y Nestica el tribuno del batallón ó cohorte de escutelarios, por encargo espreso de Juliano, cogieron á un almano muy joven, que presentado al general se comprometió á enseñar el camino si se le dejaba la vida. Pronto se encontraron todos los senderos y accesos obstruidos con árboles gigantescos, de modo que el ejército hubo de dar un grandísimo rodeo por la enmarañada selva antes de llegar á donde estaban las viviendas de la tribu, que como ya dijimos solían establecerse para mayor seguridad detrás de una anchísima faja de bosque virgen, y posteriormente de aprovechamiento común. Cuando los romanos prefirieron dar un penoso y largo rodeo es prueba de que no les parecía conveniente ocuparse en quitar los obstáculos, ni debía de ser practicable el incendio del bosque quizás á causa de la humedad ó por otras razones. Este cinturón de bosque era el baluarte de la tribu; perdido este, estaban perdidas la aldea y la gente; el bosque era el refugio de las personas y ganados cuando un enemigo lograba sorprender la tribu por un lado.

Los soldados de Juliano, al llegar al centro de la tribu, irritados de tan penosa marcha al través de tan impracticable selva, incendiaron las cosechas y sembrados, se llevaron personas y rebaños, y degollaron á los que se resistieron ó no podían llevarse prisioneros. Tan acerbas desgracias acabaron con la resistencia y terquedad de Hortasi que se presentó también á implorar el perdón del César jurándole que cumpliría todos sus mandatos y restituiría todos los prisione-